

La Comuna de París y los orígenes del pensamiento anarquista: la experiencia de los hermanos Reclus

Federico Ferretti

En la historiografía todavía no está bien resuelto el problema del origen de la definición de “anarquismo” y de “anarquía” en la historia política y cultural de la Europa contemporánea. Si bien el pensamiento anarquista tiene raíces que se hunden en la antigüedad y su relativa definición encuentra un uso frecuente en el debate político en Francia ya en la primera mitad del siglo XIX, es cierto que no existe un movimiento anarquista organizado y conocedor de su propia definición más que desde el quinquenio de 1872-1877. Tras la separación de la “Internacional antiautoritaria” del Consejo General de la AIT, es en el laboratorio político de la Suiza francófona donde los militantes locales y los exiliados que conforman la Federación del Jura adoptan formalmente el comunismo anárquico, y solo desde entonces esta escuela política asume la elaboración de elementos estratégicos tácticos y precisos que desde este momento la caracterizan claramente. ¿Pero es posible hablar de anarquistas y de anarquía antes de ese hito? Hemos planteado el problema analizando el recorrido de dos de los fundadores del movimiento anarquista internacional, conocidos también por su actividad intelectual en el ámbito de la etnología y de la geografía, los hermanos Élie y Élisée Reclus. Analizaremos sus escritos y su correspondencia en los años en torno al evento que marca la transición más visible en su trayectoria militante, que les lleva del republicanismo “rojo” al anarquismo: la Comuna de París.

Bakunin en París y los hermanos Reclus

En 1864 el célebre revolucionario ruso Mijaíl Alexándrovich Bakunin (1814-1876), evadido de Siberia dos años antes, toma los primeros contactos

en Londres con miembros de la recién nacida Asociación Internacional de los Trabajadores; después llega a París, donde encuentra entre los primeros adherentes a su sociedad secreta, llamada Fraternidad Internacional, a dos hermanos, de nombre Élie y Élisée Reclus.

Publicistas y antiguos exiliados republicanos tras el golpe de Estado de 1851, muy interesados en las perspectivas de la revolución, ambos tienen a sus espaldas una carrera política e intelectual de cierto relieve. Vueltos del exilio en 1857, se presentan al director de la *Revue Germanique*, August Nefftzer, a quien proponen una colaboración¹:

Somos dos hermanos que, habiendo vivido en Alemania en distintas épocas y durante varios años, podemos decir, sin vanagloriarnos, que la lengua alemana ya no tiene dificultades para nosotros. Ambos hemos estudiado teología protestante (...) pero, por motivos que los librepensadores apreciarán fácilmente, jamás hemos ejercido el ministerio. Filosóficamente, nos vinculamos a la escuela de Spinoza (...). Adjuntamos a continuación un articulo sobre la *Teogonía* de Feuerbach, su última obra, en el que hemos tratado de reproducir su sistema con sus propias palabras.

Antiguos estudiantes de teología, hijos de un pastor protestante, se presentan con las credenciales de los filósofos Feuerbach y Spinoza, que en la época más caracterizaban el ateísmo materialista y el librepensamiento. De Jean-Pierre-Michel Reclus (Sainte-Foix-la-Grande, 1827-Bruselas, 1904), el nombre es conocido casi exclusivamente por el apodo “Élie”, mientras que el apellido se asocia a las obras del mucho más célebre hermano menor, Jacques-Élisée (a veces citado como Jean-Jacques: en realidad, en su acta de nacimiento el nombre resulta ser simplemente Jacques-Élisée²), seguramente uno de los geógrafos europeos más importantes del siglo XIX (Sainte-Foix-la-Grande, 1830-Bruselas, 1905). Por el contrario, Élie parece haber sido totalmente oscurecido por la sombra del hermano, de manera que gran parte de sus escritos han sido publicados tras su muerte, y hasta hoy nunca se le ha dedicado un estudio monográfico, aunque su biografía es absolutamente paralela a la de Élisée y su trabajo es muy importante para la formación de éste último. Su producción científica no ha sido ni escasa ni banal. Faltan también estudios que profundicen en los recorridos

formativos y laborales comunes de este binomio no solo parental, sino también profesional y científico, que ha proseguido las actividades en común hasta la muerte del hermano mayor.

En torno a mediados de los años sesenta, ambos hermanos son muy activos; aparte de en estudios sociales, históricos y geográficos, en la experiencia del *Crédit Mutuel* animado por Jacques Beluze, ex “lugarteniente” de Étienne Cabet. Esta iniciativa, que agrupa a gran parte de la izquierda francesa en el último periodo del Segundo Imperio, tiende a desarrollar, a través de la promoción de una banca mutualista, la financiación en el continente de experiencias cooperativas de producción y consumo, a imagen de los *Equitable Pioneers* de Rochdale. Uno de los primeros miembros de la asociación es el mismísimo Bakunin. El fracaso, incluso económico, de esta iniciativa, allana el camino para una radicalización de las ideas políticas de ambos hermanos.

Bakunin, que en 1865 se encuentra haciendo proselitismo en Florencia (donde recibe la visita de Élisée que vuelve de un viaje a Sicilia para asistir a la erupción del Etna), siente el aprecio de los dos hermanos y corresponde expresándose así: “Los científicos y a la vez los hombres más modestos, más notables, más desinteresados, más puros, más religiosamente devotos a sus principios que he encontrado en mi vida”³.

Los Reclus también entran en los años sucesivos en la Alianza Internacional para la Democracia Socialista, y participan en la tentativa de Bakunin de hacer confluir la Liga de la Paz y la Libertad en la Asociación Internacional de los Trabajadores. En octubre de 1867, Bakunin propone al Comité Central de dicha Liga nombrar a Élie director del periódico *Les États-Unis d'Europe*. Élisée, a su vez, participa en el Congreso de Berna, pronunciando un discurso sobre el federalismo de matriz indudablemente proudhoniana, pero enriquecido con sus concepciones de geógrafo⁴:

Pero yo pregunto, señores, si los franceses de Alsacia no quisieran ser franceses y deseasen unirse con los alemanes, si los vascos del norte de los Pirineos quisieran unirse con los españoles, hoy libres ¿en nombre de qué derecho se les podría impedir esto? (...) Y si las fronteras estatales dependen de la voluntad de los pueblos y deben ser modificadas conforme a sus deseos, lo mismo puede aplicarse a las fronteras igualmente convencionales, que separan artificialmente los Estados en diferentes provincias.

En el ámbito de este discurso, la interconexión del Globo se corresponde con el aumento de oportunidades para la unidad humana: lo que hoy los geógrafos llaman “comprensión espacio-temporal” parecía ya entonces superar la vieja línea de frontera, concepto cartográfico apoyado en pretextos más o menos “naturales”. “¡No hay ninguna frontera natural; el océano mismo nos separa ya de los países!”⁵

La Alianza bakuniana, no consiguiendo la adhesión de la Liga a la Internacional, se organiza como componente de la Internacional misma, en cuyo seno ya se perfila un contraste entre los seguidores de Marx y Engels –que comienzan a admitir la estrategia de la participación política y electoral de los partidos obreros para llegar a tomar el control del Estado- y los componentes libertarios que piensan, como Bakunin, que “quien dice Asociación Internacional dice negación del Estado, porque todo Estado debe ser necesariamente una institución nacional”⁶.

Hoy en España y mañana en Francia

En aquellos meses, el *Pronunciamiento* de Cádiz del 18 de septiembre de 1868 abre el periodo 1868-1874, llamado “sexenio democrático”⁷, suscitando el inmediato entusiasmo en los ambientes progresistas europeos, sobre todo entre los franceses, donde la crisis de consensos de Napoleón III hace esperar que también a ese lado de los Pirineos se acerque una etapa republicana. Bakunin y la Alianza piensan que es el momento de enviar una expedición de propaganda a España para constituir una sección de la Internacional sobre posiciones “aliancistas” y para llevar el movimiento de la causa nacional a la causa social, que para los componentes más “extremos” estaban ya estrechamente conectados: “Esta situación se asemejaba a la del socialismo en Italia hasta 1859 aproximadamente”⁸.

El plan de viaje es trazado por Bakunin desde Ginebra. El ruso pide a Élisée Reclus que se traslade a España. El geógrafo rechaza la oferta, pero dada la disponibilidad de Élie y del joven miembro de la Alianza y futuro miembro de la Comuna, Aristide Rey, se encarga de ayudar a la organización del grupo que sale de Francia. Como escribe su hermano: “He enviado tu carta a Michel [Bakunin] pero antes de recibir una respuesta, me ha llegado el aviso de que muchos tienen la intención de ir a España. Quizás Aristide, y quizás también nuestro amigo Fanelli”⁹.

Bakunin había obtenido la disponibilidad del ex garibaldino Giuseppe Fanelli, diputado de extrema izquierda del Parlamento italiano, a quien los hermanos Reclus facilitan una serie de direcciones, como la de su amigo republicano Fernando Garrido. Durante los preparativos, algo falla en la comunicación, ya que todos viajan independientemente: Rey con mandatos de diversas asociaciones, entre ellas los republicanos de Delescluze y la sección parisina de la Internacional; Reclus con el encargo oficial de documentar la revolución para las revistas en que colabora, sobre todo el *Djelo* de San Petersburgo. Es un problema aún no resuelto entender si ha tenido una parte activa y directa en la constitución de la sección española de la Internacional, papel que efectivamente no está documentado. Incluso los sucesivos desencuentros con Bakunin, de los que hablaremos, parecen excluir esta implicación. Según Max Nettlau, “Élie Reclus y Aristide Rey (...) no hacen este viaje en interés de la sociedad secreta, y por ello no se encuentran en España en sintonía con Fanelli”¹⁰.

Esto no quita para que entre los diferentes protagonistas de esta expedición se haya producido solidaridad y apoyo recíproco. El primero en llegar a Barcelona, el 26 de octubre, es Élie. Los malentendidos se producen desde la cita, como lamenta el 2 de noviembre Bakunin en una carta a Gambuzzi: “He recibido una carta de Aristide [Rey] fechada en Barcelona y adjunta a una carta de Paolo [Élisée Reclus] que me dice que también Pietro [Élie Reclus] está allí y que se ha encontrado con Aristide, pero que la Fonda de Italia que él [Élisée] había determinado como punto de reunión ya no existe”¹¹. Fanelli, entre tanto, está todavía en Génova esperando embarcar, y solo a mediados de noviembre se reúne con los demás, con quienes prosigue hacia Valencia. Después, mientras que Reclus y Rey siguen a Garrido por Andalucía, Fanelli va a Madrid con algunas direcciones proporcionadas por éste último y llega a la capital el 24¹². El objetivo de Fanelli es encontrar núcleos obreros a los que mostrar los estatutos de la Internacional y de la Alianza (generando, al parecer, un poco de confusión entre las dos organizaciones) y paradójicamente consigue encontrarlos antes en Madrid que en la más industrializada Barcelona, donde la sección internacional sólo se consolidará algunos meses después. Su encuentro con el grupo de Anselmo Lorenzo y de los hermanos Mora es considerado como el acto de fundación del movimiento libertario español¹³.

Por el contrario, Reclus sigue la gira de propaganda del amigo Garrido, y de otros dirigentes republicanos, entre los que se cuenta José María Orense. En

un discurso pronunciado en Sabadell, el “republicano francés” no hace referencia a la revolución social, sino a una revolución que lleve a una república federal, prólogo de la República Universal, ante un público entusiasta: “No sólo pondréis fin a las iniquidades de esa Isabel, sino que también habréis logrado la gloria de preservar a Europa de una conflagración que nos estaban preparando los déspotas; habréis hecho imposible una guerra sangrienta que hubiera costado al pueblo trabajador doscientos o cuatrocientos mil hombres”¹⁴.

Existen diferencias entre la postura entusiasta que se vislumbra en los discursos de propaganda y el más desencantado que emerge no solo de la correspondencia privada, sino también de la crónica aparecida en la *Revue politique et littéraire*. Este semanario, publicado entre junio de 1868 y febrero de 1869 bajo la dirección de Challemeil Lacour, se postula como el órgano de la *intelligentsia* republicana en los años en que los “revolucionarios” intentan el desprecio contra el Imperio, en un clima que incluso en el ámbito de las publicaciones cada vez es más efervescente: “Todo el estado mayor de la *intelligentsia* republicana quiere, como debe ser, elevarse por encima de los hechos y las contingencias para preparar el advenimiento del nuevo régimen”¹⁵. Sobre el viaje a España de Élie salen ocho artículos que nos permitirán seguir su recorrido. Tenemos también la posibilidad de consultar su diario, cuyo manuscrito parece que se perdió, aunque se publicó una versión en español en los años treinta en *La Revista Blanca*, y ha sido editado recientemente en un volumen¹⁶.

El primero de noviembre, Reclus envía desde Barcelona una correspondencia que da idea de una ocasión revolucionaria perdida, por la pasividad de las juntas revolucionarias frente al gobierno de Madrid y por el carácter militar de la insurrección que no permite un desarrollo a favor del pueblo, problema que las revoluciones de los años siguientes llegaron a plantearse a su vez. El autor reproduce un diálogo con un español que afirma que “la insurrección ha sido fundamentalmente militar (...) el pueblo solo ha intervenido para dar su aportación; incluso se pretendía ignorarlo. Es imposible que una revolución militar se proponga jamás desarmar el ejército para armar al pueblo”¹⁷. Queda clara, incluso del otro lado de los Pirineos, la regla de oro de esta experiencia: “Señor francés, desconfíe, desconfíe usted de las revoluciones militares, incluso cuando prometen la libertad”¹⁸.

La conclusión es que no se puede hacer la revolución si no existen condiciones revolucionarias. En todo caso, sirven las condiciones de hecho: “La república es la realidad, es la monarquía la que se ha convertido en utópica en España. Tan utópica que los monárquicos no saben de qué lado ponerse para encontrar un rey presentable”¹⁹. Difícilmente, en el sarcasmo de nuestro cronista, lo podrá ser el candidato más aceptable para los demócratas: Espartero, duque de la Victoria. “Espartero, un pobre viejo, es tan débil que apenas soportaría el viaje de Logroño a Madrid sin quedar hecho polvo. Lo que le conviene es un buen sillón mullidito, y no un trono, un par de muletas y no un cetro. La corona que se le ha destinado debería ir rellena de almohadones y rematada con un gorro de noche, los catarros del augusto duque de la Victoria así lo quieren”²⁰.

En artículos sucesivos, Reclus analiza la situación de los partidos políticos²¹, que se articulan fundamentalmente en reaccionarios, liberales y republicanos, estos últimos a su vez divididos en socialistas y antisocialistas, auspiciando una alianza entre estas últimas tres fuerzas. El miedo a una revolución popular desplaza a los liberales hacia posturas más prudentes. El triunvirato madrileño Prim-Topete-Serrano, considerado ya como “traidor” por parte republicana junto a otros elementos como el alcalde de Madrid Rivero, se mueve ahora hacia una normalización y ordena la disolución de las juntas revolucionarias y la limitación del derecho de reunión. Según Reclus: “lo que quizás puede haber contribuido a la desconfianza de los españoles hacia la monarquía republicana es la traición de los republicanos convertidos en monárquicos”²².

El corresponsal de la *Revue* es, sin embargo, entusiasta, escribiendo desde Valencia el 22 de noviembre, y desde Málaga el 28, sobre la “lucha de las manifestaciones” que en aquellos días había hecho salir a la calle, en las principales ciudades del país, a millares de personas que pedían la república federal. El culmen de las esperanzas, en esta correspondencia, se alcanza en el mitin regional de Alora del 6 de diciembre, donde por primera vez se unen al movimiento las masas campesinas de Andalucía. Ese día hablan todos los “campeones” del republicanismo (Garrido, Palencia, Fuente), para reclamar, desafiando el poder que los grandes terratenientes ejercían en las áreas rurales, la liberación de un grupo de “patriotas” detenidos. Es tal el entusiasmo popular que los oradores, para evitar problemas con el Ejército, tienen que echar mano

de todo su carisma con el fin de impedir que las masas tomen por asalto la cárcel y consigan por su cuenta lo solicitado.

Pero el enfrentamiento era inevitable, tanto que precisamente en Alora se había visto que “los peces gordos del partido liberal habían (...) hecho causa común con los peces gordos del partido reaccionario”²³. Precisamente llega al día siguiente la noticia de los muertos de Cádiz, donde, en el Puerto de Santa María, resistía una unidad de la milicia nacional republicana en malas relaciones con el alcalde liberal. Como habían rechazado el desarme, intervino el Ejército para arrestar a una parte del contingente: el resto de la milicia nacional se rebeló para ayudar a sus compañeros, con un balance de 134 milicianos muertos ya que la artillería y la marina de guerra habían sido movilizadas para cerrar el paso al contingente republicano. “Los dos elementos, progresista y republicano, que derrocaron juntos el trono de Isabel son a partir de ahora enemigos irreconciliables”²⁴. Reclus describe el clima de terror con el que se reciben las noticias de Cádiz, y cómo se prepara Málaga para la defensa armada, casi anticipando una serie de problemas no solo de alianzas políticas sino también de necesidades militares, las mismas a las que se enfrentarán los anarquistas españoles en el siglo siguiente.

Los enfrentamientos por el momento no se extienden, ya que los “triunviros” convocan en Madrid a los dirigentes republicanos, Garrido incluido, para llegar a un acuerdo. Reclus sigue al grupo a la capital, donde se queda el tiempo restante de su viaje. El 26 de diciembre comenta el resultado de las elecciones municipales que se acababan de celebrar, con resultados favorables a los republicanos, que en esos días convocan un mitin con Orense, Castelar y Garrido en el que participan seis mil personas, para reivindicar la victoria y protestar contra los sucesos de Andalucía. Pero Reclus tiene sus dudas de que el Gobierno considere el sufragio universal algo más que una “comedia”: “Todos recuerdan que Prim ha declarado que no habría elecciones a las Cortes si en las elecciones municipales predominara el sentido republicano. Adivinad entonces lo que va a pasar, si os atrevéis”²⁵. Un análisis descarnado de la situación observada en la capital no deja de ofrecer un sarcástico parangón con la situación francesa del momento.

La fórmula de la república federal a la que se alinea el resto de España no puede levantar ningún entusiasmo en la antigua capital del reino, a la que una enérgica

descentralización haría perder la mitad de su importancia. Madrid está (...) habitada por una población de funcionarios y rentistas amarrados al presupuesto (...) en cuanto a los grandes de España, los grandes banqueros tanto judíos como cristianos, los propietarios que se ceban a costa del esclavo, o los almirantes y generales de división, esa banda podría sentirse cómodamente en París, a la sombra de la iglesia de la Madeleine o de la Trinité d'Antin²⁶.

El federalismo es considerado por Reclus como un objetivo estratégico, dada la conformación geográfica de España, que favorece el desarrollo de situaciones regionales cultural y económicamente poco controlables desde Madrid, y que se corresponde con las antiguas tradiciones municipales, como las de los *fueros*, presente en Aragón y en el área cantábrica. Las autonomías locales y municipales se situarán en el centro de la propuesta anarquista, que desde la Comuna de París asumirá una fisonomía más precisa, y a la que los hermanos Reclus ligarán indisolublemente su propio nombre. En la parte de la *Nueva Geografía Universal* que pocos años después Élisée dedicará, en calidad de geógrafo, a la Península Ibérica, retomará las mismas temáticas federalistas, y los recuerdos del viaje de Élie serán una fuente importante para su trabajo geográfico.

Finalmente, al mayor de los Reclus le parece que los monárquicos han aterrorizado hasta tal punto a la burguesía con el peligro socialista que el gobierno provisional, mientras combate a los republicanos, habla con una docena de pretendientes al trono. Se mire por donde se mire, el pronóstico pesimista es que “las dinastías nuevas necesitan un bautismo de sangre”²⁷.

En Madrid tenemos noticias de otro “enviado especial” a la revolución española, Lev Mechnikov, futuro colaborador de la *Nueva Geografía Universal*, llegado a Barcelona a mediados de octubre como corresponsal de la revista rusa *Otechesvenie zapiski*. No sabemos si también Mechnikov, que en los ambientes de los exiliados rusos en Ginebra figura en ese momento como dispuesto a todo, tiene algún encargo de Bakunin. Sabemos que viaja con una credencial de la Unión Republicana Universal en la que el polaco Bulewski recomienda “al ciudadano Mechnikov, capitán de Estado Mayor del Cuerpo a las órdenes del general Garibaldi, a todos los patriotas en España, como un valiente soldado y un defensor de la libertad y de la independencia de los pueblos”²⁸. Sabemos también que en 1871 forma parte, con los exilia-

dos franceses, de la Sección de Propaganda de Ginebra de la Federación del Jura, por lo que en ese año se alinea con los anarquistas en el conflicto que les opone al Consejo General. Reclus cuenta una anécdota en la que el ruso y un compañero de viaje rechazan descubrirse al paso de una procesión religiosa: “Hace algunos días dos periodistas amigos nuestros, uno de los cuales es ruso, contemplaban el mismo espectáculo en una de las calles más céntricas de Madrid. Tampoco ellos pensaron en quitarse el sombrero (...) cuatro o cinco jóvenes robustos y envalentonados se acercaron a ellos con los puños apretados y en actitud amenazadora. Pero tuvieron que retroceder ante las muletas de uno y el revólver del otro”²⁹.

Sabemos también que en diciembre el francés se reunió con Fanelli, ya que otra anécdota tiene que ver con el enviado de Bakunin y prueba a su vez que el ambiente de Madrid en esos días no era precisamente seguro para los extranjeros: “Anteayer un diputado italiano y dos españoles pasaban por una calle excusada hablando de socialismo en francés. Dos individuos, provistos de garrotes, se les echaron encima gritando: ‘A ellos, que son franceses’. Nuestros amigos resistieron valientemente”³⁰. No sabemos durante cuánto tiempo estuvo Reclus con Fanelli en Madrid. El italiano “a finales de enero volvió a Barcelona”³¹ mientras que el francés permaneció en Madrid para asistir a la toma de posesión de las Cortes en el mes siguiente, donde la situación de las mayorías parlamentarias contempla una intrincada serie de alianzas y contra-alianzas en las que los diputados republicanos, con Garrido y Pi y Margall a la cabeza, quedan casi siempre en minoría.

En 1869, al término de este viaje, el afecto de Bakunin por al menos uno de los dos hermanos parece debilitarse. El ruso, en el ámbito de una misión que en parte se le había escapado de las manos, regañará al francés por haberse entretenido demasiado en España con los burgueses republicanos en vez de frecuentar más a los trabajadores. Élie Reclus y Aristide Rey, según Bakunin, habían hecho “mucho radicalismo y un poco de socialismo burgués”³². Esta desavenencia se arreglará definitivamente tras la Comuna, cuando Bakunin visita a Élie, exiliado en Zúrich, el 27 de octubre y el 11 de noviembre de 1872³³.

La República

En 1870, ante las intenciones de Napoleón III de iniciar la guerra con Prusia, los internacionalistas, como en general socialistas y republicanos, se

orientan hacia posiciones antibélicas; de hecho se espera que la aventura militar acabe mal para el tirano de París, en vista de que hay constancia de que la guerra le sirve contra la oposición republicana que, tras casi veinte años de dictadura, está retomando ánimos y partidarios.

Pero cuando el desastre militar francés asume proporciones tan graves como para presentir cercano el fin del Imperio, cambian las posiciones. Surge la idea de aprovecharse de esta situación no solo para echar a Bonaparte, sino también para lograr realizaciones sociales más relevantes. Uno de los primeros que intuye el cariz que están tomando los acontecimientos y llama al pueblo a la acción es Bakunin, que en agosto de 1870 escribe su *Carta a un francés*, en la que afirma que “las condiciones en que se encuentra actualmente Francia, ya no puede ser salvada con los medios regulares de la civilización, del Estado. No puede escapar a la decadencia a no ser por un esfuerzo supremo, por un inmenso movimiento convulsivo de la nación entera, por la sublevación del pueblo francés”³⁴. La idea del revolucionario ruso es que si el pueblo no interviene, una paz entre la burguesía francesa y los ejércitos prusianos no dejará ningún espacio para la mejora de sus condiciones de vida. En su prosa burbujeante presagia lo que es a su parecer la única solución incluso desde el punto de vista militar, para no dar demasiadas oportunidades al despotismo representado por Prusia: “la sublevación espontánea, formidable, apasionada, enérgica, anárquica, destructiva y salvaje de las masas populares en todo el territorio de Francia”³⁵.

Esto explica por qué, tras la caída del Imperio el 4 de septiembre, quienes se oponían a la guerra se transformen en los más convencidos partidarios de su continuación: no se trata ya de defender el Imperio sino la recién nacida República, amenazada por enemigos internos y externos. Una tempestuosa nota de la sección internacionalista del Jura, bastión de la tendencia libertaria de la AIT, expresa claramente esta percepción, y testimonia que son los futuros componentes de la Internacional los primeros en movilizarse: “La Francia republicana representa la libertad de Europa, la Alemania monárquica representa el despotismo y la reacción. Es necesario que en todas partes se levanten los republicanos, y marchen en defensa de la República francesa (...) La causa de la República francesa es la de la Revolución europea, y ha llegado el momento de dar nuestra sangre para la liberación de los trabajadores y de la humanidad entera”³⁶.

Esto constituye sin duda una significativa diferencia respecto a los análisis de Marx, que en las dos directivas firmadas por el Consejo General de la AIT del 23 de julio y del 9 de septiembre parece hacer un llamamiento más que nada a los trabajadores alemanes. Se subraya que “del lado alemán, la guerra es una guerra de defensa (...) cualesquiera que sean las simpatías pretendidas con todo el derecho del mundo en una guerra de defensa contra la invasión bonapartista”³⁷. Al contrario, a los obreros franceses se les aconseja no hacer prácticamente nada, es decir “que con calma y resolución aprovechen la libertad republicana para proceder metódicamente a su propia organización de clase”³⁸. Marx parece no dar importancia al entusiasmo por la República que estaba movilizándolo al proletariado francés incluso sobre otros objetivos, y menosprecia la actitud de los franceses con su “vieja imagen de la santidad del término República”³⁹.

Los demás componentes de la Internacional acusarán a Marx, no sin razón, de animar para la victoria alemana en una lucha que ya no era defensiva, al estar ya ocupadas Alsacia y Lorena, y casi alcanzada París, sino que servía para reforzar la hegemonía del Partido Obrero alemán, que representaba sus posiciones, mientras que quien se estaba moviendo concretamente en dirección revolucionaria era la clase obrera francesa. En cualquier caso, el análisis marxista se basa en un presupuesto como poco débil, es decir, que Bismarck quería hacer la guerra a Napoleón y no al pueblo. Estaba claro para todos en Francia, por el contrario, que el miedo a una revolución habría unido a todos los Estados contra sus potenciales autores. Entre las muchas anécdotas que podrían ser citadas para demostrarlo destaca una conversación entre el ministro italiano de Asuntos Exteriores, Visconti Venosta, y el embajador austriaco, que pocos meses después, al comienzo de la Comuna, se pronuncian a favor de una unión de todos los Estados que acababan de hacer la guerra, para detener en París “el reforzamiento del partido anarquista”⁴⁰.

Al mismo tiempo, el pueblo francés en las grandes ciudades intenta organizarse para la defensa sin el aparato estatal, ahora ausente, y encuentra su dimensión en el municipio (*comuna*) elegido libremente y libremente gestionado por los trabajadores. En el otoño de 1870 en París, Lyon y Marsella “esta palabra –Comuna- las comunas libremente federadas, en lugar del Estado, se convirtió en el grito generalizado”⁴¹. La primera ciudad en la que los obreros se apoderan del ayuntamiento es Lyon, donde se ha precipitado Bakunin con

la intención de hacer partir desde allí un movimiento revolucionario de las provincias, que en su análisis deben ser las primeras en movilizarse porque París no le parece con condiciones para guiar este movimiento. Se proclama una Federación Revolucionaria de Comunas, cuyo primer punto programático reza: “la máquina administrativa y gubernamental del Estado, habiendo llegado a ser impotente, es abolida”⁴². En estos acontecimientos entra en juego la Guardia Nacional, cuerpo compuesto en gran parte por obreros con posiciones socialistas o republicanas, que tendrá un papel central en los acontecimientos sucesivos. Pero en Lyon algunos batallones que no se habían adherido a la protesta reocupan el Ayuntamiento y Bakunin debe replegarse a Marsella, donde la Comuna no tendrá mejor suerte. También en París, la Guardia Nacional toma el Ayuntamiento, pero dos días después los guardias móviles del general Trochu, gobernador de la ciudad, retoman las posiciones. Al mismo tiempo, la guerra continúa y comienza a delimitarse una neta contraposición de clase entre los obreros en armas de la Guardia Nacional, que quieren expulsar a los prusianos y defender así una libertad que para ellos es todavía teórica, y los republicanos burgueses, llamados *capitulards*, que ven necesaria la rendición ante el enemigo que asedia París. Esta situación es comentada por Bakunin con su consabida elegancia verbal, que florece sobre todo cuando se trata de hablar de la burguesía: “Son tontos y canallas hasta un grado que supera la imaginación. El pueblo solo pide morir combatiendo a los prusianos a ultranza. Ellos, por el contrario, llaman a los prusianos desde el fondo de su corazón, así lo desean, en la esperanza de que los prusianos los salven del patriotismo del pueblo”⁴³.

Es la Guardia Nacional la que resiste en París gran parte del ataque prusiano durante el asedio, hasta que el 9 de enero de 1871 Jules Fabre, miembro republicano del gobierno provisional que rige formalmente la nación desde el 4 de septiembre, estipula la capitulación de Bismarck. Éste quiere tratar con un gobierno legítimo y pide que se elija una Asamblea Nacional, que se formará en febrero con una mayoría de diputados conservadores elegidos en las áreas rurales, los denominados *ruraux*, hostiles a París y al movimiento obrero.

Tanto había sido el esfuerzo del movimiento obrero que la artillería comprada a través de una suscripción de la Guardia Nacional queda de su propiedad y es excluida del botín previsto en la rendición. Los cañones, con ocasión del desfile triunfal que los prusianos efectúan en los Campos Elíseos

el primero de marzo, son trasladados a las alturas de los barrios obreros de Montmartre y Belleville, mientras que los guardias nacionales garantizan un cordón de seguridad que impide a los soldados bismarckianos entrar en contacto con la población parisina.

La Comuna

Mientras tanto, la Asamblea Nacional presidida por Adolphe Thiers, a la que Émile Zola había comparado con una “cámara mortuoria”, se traslada de Burdeos a Versalles (por eso el apelativo “versalleses”) y debe enfrentarse con un problema más grave todavía: los trabajadores en armas. La Guardia Nacional cuenta en París con alrededor de 200.000 efectivos y no tiene intención ni de disolverse ni de entregar las armas, sino que procede a una opción jamás vista en un cuerpo militar: la libre elección de delegados en los diversos batallones, reunidos en un Comité Central, que representa lo que Benoît Malon define como una auténtica “Federación republicana”⁴⁴. La contraofensiva de Thiers supone una declaración de guerra: en la noche del 17 al 18 de marzo algunos destacamentos del ejército irrumpen por sorpresa en los altos de Montmartre para apoderarse de la artillería de la Guardia Nacional.

La rápida insurrección del pueblo parisino impide esta tentativa y desde ese momento la Guardia Nacional es de hecho la dueña de París. A subrayar que los choques con el ejército no son en esta ocasión particularmente cruentos, ya que la gran mayoría de los soldados frente a los obreros parisinos deserta con el clásico gesto de la *crosse en l'air*, presente en la iconografía de la historia obrera francesa, y fraterniza con los guardias nacionales. Solo los generales Thomas y Lecomte, odiados por su papel en la represión de los anteriores movimientos populares, son conducidos a Montmartre y fusilados por una muchedumbre enfurecida, sin que nadie del Comité Central hubiese dado órdenes sobre el particular.

Desde este punto de vista, Benoît Malon atestigua cuál sería la concepción del uso de la violencia y de los fusilamientos en este Comité: “Nunca firmamos una sentencia de muerte; nunca la Guardia Nacional participó en la ejecución de un delito”⁴⁵. El primer gesto del Comité Central en este momento es convocar elecciones al Consejo de la Comuna para transferir el poder a los representantes elegidos por el pueblo de París. Una de las críticas dirigidas a posteriori a la Comuna se refiere a su comportamiento un poco “tímido” en los

primeros días, pues en vez de perseguir al enemigo en fuga desordenada hacia Versalles, se concentró en la propia organización. Malon justifica esto por la fuerte componente de espontaneidad del movimiento: “Era la clase obrera, sin guías y sin jefes reconocidos, la que había llegado al poder. Inexperta y generosa, no veía la situación en su terrible realidad. No pensaba que esos viles agresores, tras haber huido y haber sido vapuleados en su intento de guerra civil, volverían a la carga y buscarían, a precio de ríos de sangre, dominar París. Se saludaba a la aurora de un mundo nuevo sin darse cuenta de que en el horizonte se acumulaban tempestades”⁴⁶.

En esta situación de rupturas, es bastante comprensible que la proclamación de la República el 4 de septiembre de 1870 y los sucesos posteriores, como la constitución de la Guardia Nacional, hayan encontrado a los Reclus completamente implicados. Élisée, en calidad de geógrafo, manda ese otoño una nota a Nadar pidiendo alistarse en el Cuerpo de Observadores en globo⁴⁷. El 2 de diciembre, aniversario del golpe de Estado bonapartista, lanza una propuesta a la Sociedad de Geografía para “conceder el Palacio de las Tullerías a las sociedades científicas”⁴⁸; una batalla simbólica en la que, como es obvio, la ciencia debe combatir al lado de los revolucionarios.

En la capital, los dos hermanos están desde hace algunos años en el centro de una red de sociabilidad representada por los *Lundis Reclus*, tardes de debates y convivencia organizadas en su casa de la calle Feuillantines para reunir al circuito parisino de intelectuales y militantes del área definida como *démo-soc*, entre los que se encuentran los hermanos Nadar, y en las que participan a menudo emigrados políticos⁴⁹. Con la caída del Imperio se radicalizan sus actividades: en enero-febrero dan vida, junto a Rey, André Léo y Benoît Malon, a la efímera experiencia del semanario *La République des Travailleurs*, órgano de la sección internacionalista de Batignolles y Termes. El análisis de la situación expresado en la revista y su objetivo pueden ser asumidos en pocas palabras por el programa oficial: “En los comienzos de esta Tercera República y de una tercera reacción, la República de los Trabajadores montará guardia en torno al derecho popular (...). Tenemos que defender la República de la Libertad, tenemos que fundar la República de la Igualdad”⁵⁰. Están muy presentes los fantasmas históricos paralelos entre 1789, 1848 y 1871: si a la Revolución siguieron el Terror y el Imperio, y al 48 el golpe de Estado de Napoleón III, ahora el presagio era que en ausencia de una radicali-

zación revolucionaria del movimiento se produciría ahora también una oleada reaccionaria sangrienta.

Durante la campaña para las elecciones de la Comuna del 26 de marzo, los Reclus redactan un “Llamamiento al pueblo de París”, pegado por las calles y publicado en el *Cri du peuple*, el periódico dirigido por uno de los más célebres protagonistas de la Comuna, Jules Vallès⁵¹, que, fundado el 22 de febrero y clausurado poco después, se había vuelto a publicar:

Frente a la Reacción, que proclama la decadencia de París, que prepara la anulación de la República, alertando contra ella la invasión de los campos tras la invasión prusiana, los republicanos no deben matarse unos a otros. En la confusión actual, inevitable resultado de nuestros inmensos desastres, han surgido disensiones entre nosotros. Han surgido incidentes desagradables entre los republicanos que siguen al Comité Central del Ayuntamiento y los republicanos que siguen a la diputación y a los ayuntamientos. Se reprochan mutuamente haber abandonado la legalidad, cosa imposible de observar en plena revolución. Cualquiera que sea la verdad o las exageraciones en las recriminaciones recíprocas, no deseamos una lucha terrible y fatal, no deseamos que nuestra República se ahogue en la sangre de los republicanos.

Ciudadanos electores, como guardias nacionales habéis nombrado el Comité Central, como habitantes de París habéis nombrado los diputados y concejales. ¡Y bien! Vuestros representantes y mandatarios no tienen derecho a arriesgar en los azares de una batalla callejera la existencia de una República que ya han comprometido con sus torpezas.

Pueblo soberano, a ti corresponde poner fin a la lucha entre tus mandatarios sometiéndolos a una rápida reelección. A ti corresponde juzgar las discrepancias y mostrar tu veredicto en la urna electoral. Nuestra salvación está en la unión y la concordia. Entre republicanos, entre ciudadanos y franceses no hay que pronunciarse con fusiles ni cañones, sino con el sufragio universal. ¡Ciudadanos, a las urnas!

París, 25 de marzo de 1871.

Élie Reclus, F.D. Leblanc, Élisée Reclus, Paul Reclus⁵².

Las elecciones sirven para nombrar 90 consejeros en representación de los 20 distritos. Entre ellos, aparte de un porcentaje de moderados que se retiran casi enseguida, se constituyen dos grupos, una “mayoría” formada

por blanquistas y neojacobinos, y una “minoría” formada por miembros de la Internacional que, con la aquiescencia del propio Engels son definidos como *proudhonianos*, léase anarquistas. En realidad, se trata de un conglomerado un poco complejo, pero es indudable que la influencia de Proudhon, considerado como el padre espiritual del anarquismo francófono, ha sido determinante. Como confirma el historiador Jacques Rougerie, ya en la comprensión del significado de la palabra *Comuna* y de su ligazón indestructible con la idea federalista de libertad municipal: “Si hemos citado ampliamente a Proudhon, se debe a que su influencia se ejercerá en profundidad sobre muchos que, ya sea bajo el asedio o en marzo de 1871, hablarán de la Comuna y se esforzarán por definirla”⁵³.

Lo primero que hemos de subrayar es que en este momento en París los marxistas del Consejo General literalmente no tienen a nadie, ya que los internacionalistas locales tienen todos, quien más quien menos, posiciones libertarias y federalistas; sólo el 13 de mayo una genérica carta de Marx llegará a Varlin y Fraenkel, y tan solo Serrailier se alineará, en años posteriores, del lado marxista en el seno de la Internacional.

Siempre según Rougerie, en el otoño de 1870, cuando tienen lugar las primeras insurrecciones y se comienza a hablar de Comuna, es determinante, para dar el espaldarazo al movimiento, la actividad de las secciones de la Internacional, que cuenta en ese momento con 32 secciones en los distintos distritos, y sus más conocidos representantes en el Consejo de la Comuna, si no mueren como Eugène Varlin en la *semana sangrienta*, participarán en Suiza en las reuniones de la Internacional antiautoritaria, como Malon y Gustave Lefrançais, ya miembro del Comité Central, que será uno de los diversos secretarios de redacción de la *Nueva Geografía Universal* de Élisée Reclus. Varlin está entre quienes apoyan la idea de dar cargos solo a proletarios y no a burgueses o intelectuales. El resto, en lo que respecta a éstos últimos, sobre todo enseñantes y pequeña burguesía, están bien representados en el Consejo; con 25 obreros en su seno es sin lugar a dudas el más alto porcentaje que se ha visto hasta el momento en la historia de las asambleas representativas. Los internacionalistas destacaron con fuerza frente a las otras tendencias de la Comuna, como dice Malon: “Su tendencia federalista, sus convicciones socialistas, su práctica en la organización y en la administración la alejaban del terrorismo empírico del 93”⁵⁴.

Por lo que respecta a las otras secciones de la futura Internacional antiautoritaria, James Guillaume narra los incesantes intentos de la Federación del Jura para acudir en ayuda de París, que surgieron enseguida. Las comunicaciones con la capital, bloqueada por dos lados por los prusianos y por los demás por los versalleses, son difíciles, pero los jurasianos, desde los primeros días intentan ponerse en contacto con Varlin mandándole un emisario desconocido por la policía francesa: el obrero Émile Jacquot. Él es el encargado de relatar que los internacionalistas estaban en contacto con Garibaldi para organizar una expedición en provincias para quebrar el aislamiento de París, pero la prudente respuesta de los parisinos hace que esta iniciativa no se lleve a cabo.

Entre tanto, la Comuna, que en su *Declaración al pueblo francés* del 19 de abril habla explícitamente de revolución, se concentra en una serie de realizaciones, entre ellas la corrección de los decretos con los que el gobierno ha llevado a la población parisina a la exasperación, como la conocida Ley de Vencimientos, que cancela la prórroga del pago de alquileres y de las deudas congeladas durante la guerra, arrojando a la desesperación no solo al proletariado sino también a gran parte de la pequeña burguesía. Se restaura el sueldo de la Guardia Nacional y las pensiones para las viudas y huérfanos de sus componentes. La Comuna dispone de riquísimo dinero, situación agravada por el hecho de que no se ha querido apoderar, como muchos hubieran deseado, del Banco de Francia, que fue de hecho obligado a conceder a la Comuna una serie de créditos.

Se restaura la libertad de prensa, que había sido suspendida por enésima vez en marzo por el general Vinoy; se promulga una amnistía y se abolen los consejos de guerra; se prohíbe el desahucio; se prohíbe el trabajo nocturno en las tahonas y se controlan los precios del mercado. Desde el punto de vista de la educación, se fomenta la formación profesional y se expulsa a los curas y monjas de las escuelas y hospitales. Experiencias como el orfanato del distrito XVII, dirigido primero por Ferdinand Buisson y luego por Paul Robin, serán la base de las futuras experiencias del movimiento de la pedagogía libertaria.

El clero ve cómo se confiscan formalmente sus bienes, pero es preciso subrayar, en honor de la idea libertaria de revolución que caracteriza esta experiencia, que nadie prohíbe el culto, así como la libertad de expresión, que se aplica incluso para los enemigos de la Comuna. El 1 de abril también

queda abolido el título de capitán general, precisamente para evitar que surja un nuevo Napoleón o un nuevo Robespierre.

En las iglesias abandonadas encuentran su sede muchos de los *clubs*, expresión del clima de renovado debate ciudadano, que se constituyen en cada barrio, están compuestos mayoritariamente por obreros de oficio y toman posiciones a menudo más radicales respecto a las que toma oficialmente la Comuna. En este ámbito son muy activas también las mujeres, que no solo combaten por la defensa de París, sino que están en primera línea implicadas en construir la nueva sociedad, como atestiguan las memorias de la más célebre anarquista francesa, Louise Michel⁵⁵. Una de estas iniciativas es un proyecto, que ha tenido poco tiempo para concretarse, de constituir cooperativas de producción.

La Comuna también es activa en el ámbito cultural, encargando los museos al pintor Gustave Courbet y la Biblioteca Nacional de Francia a Élie Reclus.

Un anarquista director de la Biblioteca Nacional

En la jornada del 4 de mayo, el mayor de los Reclus, crítico como veremos ante muchas de las decisiones de la Comuna, refiere en su diario que ha recibido el encargo de dirigir la Biblioteca Nacional de Francia: “La Comuna acaba de encargarme un empleo más honorable que importante y en el que no me será posible dar al público un gran servicio hasta que pase algún tiempo (...) siento que, si la Comuna perece, pereceremos todos con ella. La conducta de nuestros generales, la dirección que nos dan en la campaña solo me gusta a medias, pero aunque nuestro triunfo armado sea vencido, yo deseo haber estado entre sus filas”⁵⁶.

El historiador Henri Dubief ha reconstruido a grandes líneas el suceso, consultando los expedientes dedicados a Élie Reclus en la actual Biblioteca Nacional, los despachos de Versalles de aquellas semanas y algunos testimonios de periodistas contemporáneos. La Biblioteca estaba cerrada al público ya desde octubre de 1870, los libros trasladados a habitaciones protegidas con rejas, y hasta abril de 1871 la Comuna se había desinteresado sustancialmente por la institución, cuando es nombrado director Jules Vincent. El director anterior, Jules Taschereau, se había refugiado en Versalles porque temía represalias debido al papel que desempeñó en la represión de los sucesos de 1848, pero la mayor parte del personal se había quedado. Son estos los que obsta-

culizan de hecho la tarea de Vincent, con quien estipulan un acuerdo según el cual la Comuna no debe interferir en los asuntos internos de la Biblioteca: realmente es una capitulación de Vincent, que renuncia a sus plenos poderes y se compromete a no modificar los estatutos de la Biblioteca. Según Dubief, en realidad Vincent habría decidido no enemistarse con los funcionarios por intereses personales: es cesado de su cargo, por orden de la Comuna, el 27 de abril, porque se descubren una serie de episodios de corrupción; como colofón, citamos el hermoso suceso de pagar a los empleados de la Biblioteca sólo una parte del salario atrasado, quedándose él, como quien no quiere la cosa, una parte.

El 29 de abril, Edouard Vaillant, delegado de Educación, nombra director a Reclus, que a la postre tendrá muchos más problemas con el aparato de la Biblioteca porque sus principales representantes, que como es notorio no simpatizan con la Comuna, no pueden digerir que un intelectual de nivel indiscutible esté de parte de la Comuna: “Su valor intelectual y moral era al menos igual que el de aquellos a los que se oponía, y lo odiaron como se odia a un traidor o a un renegado”⁵⁷.

Es ejemplar el episodio de las llaves del despacho del director, que Taschereau se había llevado y que ni su sobrino y secretario general Guérin, que permaneció allí, ni Vincent, se habían preocupado de sustituir para tomar posesión de aquel despacho. Tiene que llegar Reclus para llamar a un artesano y dar a la Comuna “plena soberanía” sobre las oficinas: “Ante él, calmado y con sangre fría, los empleados, los ujieres de chaqueta roja temblaban de miedo y bajo su mirada consternada el cerrajero que habían llevado hacía saltar las cerraduras”⁵⁸. Un gesto simbólico que escandaliza a los empleados presentes porque, según el periodista inglés cuyo testimonio cita Dubief, si es normal que en un tumulto se devaste una iglesia, “la invasión de un templo de las letras choca más”⁵⁹.

Una invasión que no tiende a devastar sino a salvar el patrimonio bibliográfico. La prensa extranjera, como escribe el *Daily News* del 23 de junio, quedó sorprendida porque los *communards* no vendieron ni robaron ni un solo libro. A destacar que, por el contrario, *communards* como el propio Reclus temían que los enemigos versalleses realizaran acciones que dañaran la colección; por ejemplo, en esos días se preocupan por la mejora de las condiciones para salvaguardar los materiales ante incendios y bombardeos.

Reclus nombra un vicedirector, Joannis Guigard, intelectual marginado del Segundo Imperio en los años sesenta, que trabajará en equipo con él y lo enemistará aún más con los funcionarios. Hasta que en mayo ambos exponen a Vaillant el problema de la permanencia de una quinta columna de Versalles en la Biblioteca, y serán los primeros que se atrevan a proceder a la “depuración”, pidiendo a los funcionarios que se definan a favor o en contra de la Comuna.

Durante estos dos meses, la cuestión de los empleados públicos es también motivo de enfrentamiento, porque por una parte Versalles había amenazado con no confirmar en su puesto a quien hubiese prestado servicio bajo la Comuna y, por otra parte, la propia Comuna tenía la necesidad de garantizar los servicios y por ello despedía a los “absentistas”. El 4 de mayo se abole el juramento de los empleados públicos. Pero el problema más importante seguramente es el representado por la oposición que encuentra Reclus cuando se atreve a nombrar a un nuevo responsable de manuscritos orientales: “¿Los bibliotecarios que tenían su plaza reconocen a la Comuna el derecho de nombrar al personal científico?”⁶⁰ La respuesta es no: se dirigen al gobierno de Versalles, que anula de *jure* las medidas de Reclus, testimoniando que la partida se entabla entre la “legalidad” del gobierno de Thiers y la revolución que, emanada de los más heterogéneos componentes de la clase obrera francesa, tiende por el contrario a dar todo el poder a las estructuras municipales elegidas directamente por el pueblo.

La cuestión es que, si los ciudadanos de París han elegido autónomamente a sus propios representantes, desde el punto de vista “legal” las estructuras de la administración nacional continúan dependiendo del gobierno de Versalles, al menos según el aparato de la Biblioteca Nacional. Afirmar lo contrario significa identificarse con quienes entienden jugárselo todo con esta experiencia: la Comuna será el comienzo de la revolución y de la República Universal, o de la catástrofe. No hay vuelta atrás, y la única posibilidad es un giro radical. Esta idea se puede condensar en la frase: “¿Qué quiere decir la palabra legalidad en tiempos de revolución?”⁶¹

Un ejemplo de la tensión que domina en estas jornadas incluso en el interior de la Biblioteca Nacional es el episodio en el que Reclus pidió tener dentro del edificio una dotación de revólveres para él y para Guigard⁶². Se trata de una anécdota probablemente falsa, ya que procede de un testigo abiertamente

contrario a la Comuna, porque Élie no puede usar armas debido a una herida en la mano derecha, pero es significativo del clima que se respiraba.

Es evidente que la breve duración de la experiencia y los escasos medios de la Comuna no permitieron hacer mucho en la Biblioteca Nacional. Más interesantes resultan las consideraciones y proyectos de Reclus para reorganizar la Biblioteca con objeto de hacer más accesible esta institución: “una reorganización que hizo que las bibliotecas contribuyeran a la cultura obrera”⁶³. La reorganización prevé que al equipo se unan ulteriores competencias, como las del citado Rey y el hermano de Nadar, Adrien Tournachon. De todos estos propósitos nada se materializa porque el asalto final de los versalleses contra la Comuna comporta la toma de la biblioteca el día 23, al comienzo de la trágica *semana sangrienta* del 21 al 28 de mayo⁶⁴.

El cargo de Reclus duró 24 días: muy poco para concretar la utopía de un saber puesto a disposición de todos. Durante la represión, el director de la Biblioteca debe refugiarse en casa de quienes le pueden dar cobijo, personas a las que no nombra ni siquiera con el paso de los años para no comprometerlas; pero Max Nettlau menciona como “sus amigos a [Louis] Kneip, el profesor François Huet, Schmal y otros, hasta que en otoño pudo ganar Italia y desde allí trasladarse a Suiza (...) Paul Reclus, interno en un hospital bajo fuerte vigilancia, visitó sin embargo con frecuencia a Élie en su escondrijo de la calle Mouffétard”⁶⁵ en ese V distrito donde Reclus había vivido siempre en París, y donde volvería a vivir tras el exilio y la amnistía, cuando de nuevo fuera un barrio de círculos revolucionarios, entre ellos la redacción de la histórica cabecera anarquista *Temps nouveaux*. Pero volvió tras haber estado en el exilio para huir de una condena de *deportación a un recinto fortificado*, pronunciada en nombre del pueblo francés el 6 de octubre de 1872 por el octavo consejo de guerra de París, por haber sido director de la Biblioteca Nacional de París, lo que significaba que había ejercido “una función en las bandas armadas para atacar o resistir a la fuerza pública”⁶⁶.

Problemas de la revolución

Otro documento interesante de Élie es el citado *Journal de la Commune*, que presenta elementos de interés, aparte del objetivo declarado de ser “un termómetro colgado en un rincón”⁶⁷. El registro testimonial de los hechos narrados día a día está asociado a un desapasionado tratamiento de los problemas

que la revolución de vez en cuando debe afrontar. El 22 de marzo describió así la situación: “Es la más seria realización de la anarquía que un utopista haya podido jamás imaginar. Legalmente no tenemos gobierno, ni policía ni policías, ni magistrados ni procesos, ni agentes judiciales ni protestos, los propietarios huyen en masa abandonando los inmuebles a los inquilinos, ya no hay soldados ni generales”⁶⁸.

En el diario se reproducen cotidianamente artículos de prensa, notas, comunicados, proclamas, tanto de la parte “parisina” como de la “versallesa”, incluso discursos escuchados por la calle o en las asambleas. Los problemas que se plantean a esta experiencia naciente, en una ciudad de dos millones de habitantes “sin más propietarios ni policías” son enormes. En contraposición suena liberador el relato del 9 de abril, cuando es destruida la odiada guillotina, con una de las escenas seguramente más memorables en los recuerdos del autor: “Ante los aplausos de una muchedumbre inmensa, se ha destrozado a hachazos y se ha quemado a los pies de la estatua de Voltaire”⁶⁹.

Se replantean muchas de las cuestiones a las que el estudioso se habría enfrentado en España como espectador, y que ahora las ve como protagonista, ya que allí tenía una posición marginal respecto a los acontecimientos que sucedían. De la experiencia española, tiene como principal las enseñanzas sobre el papel del Ejército, que, identificado con el gobierno de Thiers, se opone de hecho a la Guardia Nacional, que asume el papel de una auténtica milicia cívica: “Es imposible, es absurdo que un ejército armado sea liberal, y la desgracia de los republicanos españoles es no haber comprendido todavía esta verdad elemental. Al menos, los republicanos de París lo han comprendido; saben que el Ejército no puede ser el sustituto de la Guardia Nacional. Por tanto, no quieren el Ejército en París bajo ningún pretexto”⁷⁰.

El ejemplo español es además indicativo de un modo de pensar internacional que llega al exiliado y al *sabio* de sus viajes y de sus experiencias, pero que será básico en el pensamiento anarquista posterior. Reclus subraya que los ciudadanos de París, durante la Comuna, se sienten “los ciudadanos del mundo. Hablan en nombre de una Comuna, pero su Comuna procede de una ideal Federación Universal”⁷¹. Entre los principales problemas, la gestión de una nueva sociedad y de un enfrentamiento político que se ha convertido también en militar, en una espiral de violencia que hace presagiar cada vez más el desastre final, al que se junta el problema de la legitimidad del uso de

la violencia “revolucionaria”, “defensiva” o en cualquier caso encaminada a una “causa justa”. Reclus manifiesta posturas extremadamente interesantes, que se pueden considerar como un anticipo de la concepción humanista y “antiviolenta” del anarquismo, propagada en el siglo XX por Errico Malatesta y elaborada por primera vez durante la lucha desarrollada por éste contra el “ravacholismo”⁷². Es ejemplar en este sentido la petición a los revolucionarios de operar utilizando medios coherentes con los fines perseguidos, afirmando una ética por la que, según Reclus, el hecho de que los versalleses hayan tomado rehenes no es motivo de que ellos los tomen también y amenacen con fusilarlos o, peor aún, cumplan la amenaza: “Una injusticia produce otra injusticia. Apoyándose en el secuestro de Blanqui, los blanquistas de la Comuna exigen que se tomen rehenes y que los presos versalleses garanticen la suerte de los presos parisinos o amigos de los parisinos. Volvemos a las costumbres de la Edad Media, a la justicia patriarcal: rehenes y represalias, ojo por ojo, diente por diente, cárcel por cárcel, muerte por muerte”⁷³.

Una cuestión sobre todo ética, en vista de que “la guerra ofensiva que nos hace Versalles es inmoral, pero la guerra defensiva con la que respondemos no es menos inmoral”⁷⁴. Se vuelve así al problema del Ejército: Reclus se opone a la leva forzosa propuesta por el Comité Central, afirmando que ya no se está combatiendo contra los prusianos, sino que es otra guerra, para la que “no se necesitan más que voluntarios”⁷⁵. También sobre el problema de la “sociedad nueva” son frecuentes las críticas a los nuevos organismos directivos de la Comuna, en los que de vez en cuando se hace presente el autoritarismo, lo que suscita a las pocas semanas las protestas de Élie, que plantea la cuestión del control público del que ejerce el poder en nombre de la colectividad: “La Comuna no publica actas de sus sesiones, que se mantienen cerradas para sus amigos de París, no para sus enemigos de Versalles (...) cualquier gobierno oculto se verá fatalmente empujado hacia las imposiciones o los errores fatales”⁷⁶.

Lo peor es que el 1 de mayo la Comuna se dota, por 45 votos contra 37 de la minoría, de un neojacobino Comité de Salud Pública, que Malon define como “verdadera dictadura de la que nada se podía esperar, una imitación del jacobinismo querido por la mayoría, cuyos evidentes resultados fueron funestos para la Comuna, desviada por semejantes plagas intempestivas”⁷⁷. Este Comité no funcionará de hecho si no es para complicar posteriormente la

estructura de los diferentes comités, que harán farragosas las operaciones de la Comuna, incluido el Comité Central, que permanece activo incluso después de haber traspasado sus poderes a la Comuna. Las críticas de los libertarios apuntan también a cómo se intenta organizar la policía “política” para la depuración de la quinta columna versallesa: “Se quería hacer a cualquier precio una policía despótica, arrestando aquí y allá, sin meter mano nunca a los elementos verdaderamente peligrosos”⁷⁸.

La guerra

Tras poco más de una semana, desde el 18 de marzo, los adversarios de la Comuna se organizan militarmente. La Asamblea de los *ruriaux* es mucho más intransigente que la de la Comuna a la hora de rechazar las tentativas de mediación, como la intentada por algunos tenientes de alcalde de los distritos de París. El 2 de abril, con una auténtica agresión militar, tratan de penetrar por la zona del puente de Neuilly. Y esta es la señal que lanza a la Guardia Nacional al contraataque el 3 de abril, cuando tres columnas se mueven en dirección a Versalles pero encuentran un ejército demasiado bien organizado como para ser derrotado en campo abierto, porque Bismarck, como preveía Bakunin, estaba dispuesto a cooperar con Thiers contra la Comuna, y le había dado permiso para movilizar un número de tropas no consentido en las condiciones de capitulación. La guerra en este momento se convierte en defensiva por parte de la Comuna, y la salida se salda con la muerte de dos líderes populares de la Guardia Nacional, Duval y Fluorens, muertos ambos no en combate, sino a sangre fría tras ser capturados.

Con la columna Duval es hecho prisionero también Élisée Reclus, que solo en 1872 será liberado y tomará el camino del exilio. Este suceso ha hecho célebre al geógrafo anarquista, que ya era muy conocido en los ambientes científicos internacionales tras la publicación de la primera de sus grandes obras, *La tierra*. Con el fin de evitarle la deportación a Nueva Caledonia, la movilización de la comunidad científica cuenta incluso con un llamamiento de un grupo de científicos británicos, capitaneados por Henry Woodward, editor de la versión inglesa de la obra citada, publicada precisamente en esa época⁷⁹. Entre las pocas notas biográficas reflejadas en el diario de Élie, la principal es la angustia de las primeras semanas de prisión de Élisée, desde el primer día

sin noticias y con miedo a lo peor tras los rumores de muerte y maltrato a los prisioneros en Versalles: “Entre ellos estaba el hombre que amo, que estimo y que respeto más en el mundo”⁸⁰. La incertidumbre dura hasta los primeros contactos a través de parientes que, al vivir en provincias, pueden recibir con cierta facilidad cartas de la cárcel de Brest. De algunas de ellas, inéditas, sabemos que al prisionero y a su familia le son ofrecidas enseguida condiciones “de favor” a cambio de “arrepentimiento”, rechazadas por el propio Élie en nombre de su hermano, en una carta al principal interesado, el diputado Thomas-Edouard Charton:

Juzgando por mí mismo y conociendo, por otra parte, los sentimientos de mi hermano, le ruego que no curse el asunto propuesto. Élisé pensó que el triunfo del señor Thiers y de la Asamblea sería el triunfo de la reacción y, tarde o temprano, la caída de la República. Así pues, tomó su partido y se entregó a un combate del que aceptaba todas las posibles catástrofes. Ha sido hecho prisionero, pero moralmente sigue entero y no se ha rendido. En cuanto a confesarse vencido, en cuanto a reconocer sus errores, a prometer ser bueno, a agradecer la indulgencia y generosidad de que podría ser objeto, es imposible porque él no pecó en absoluto por ignorancia⁸¹.

Charton es el director de la revista geográfica *Le Tour du Monde*, para la que Élisé había escrito algunos artículos de viajes al comienzo de su carrera; también ha trabajado para la potente casa editorial Hachette, que intenta salvar a Reclus por ser un autor “suyo”. La presencia de un personaje de este nivel entre los *communards*, que por otro lado no había pretendido cargos directivos, enrolándose como simple guardia, es un honor para los federados, como subraya Malon: “El célebre autor de *La tierra* y uno de los hombres más honestos, más entusiastas y más buenos. Su carácter generoso sufrió tal maltrato infligido por los versalleses, que el dolor lo volvió loco durante el trayecto. Afortunadamente para la ciencia y para los suyos, la razón le volvió a las ocho horas. ¿Tenéis, oh galantes señores, a estos excarcelados entre vuestras filas?”⁸² Un caballero galante que rechaza la oferta de ser liberado, que Thiers en persona había garantizado a Charton, a condición de la promesa de no combatir más por la Comuna, como escribe a su hermano Paul, en consonancia con lo que había intuido Élie:

Mi hermano querido, has debido presentir cuál sería mi respuesta. Es grande mi reconocimiento hacia los diputados que querían interceder en mi favor, pero mi conciencia no me lo perdonaría nunca, y sentiría vergüenza ante mi mujer y ante vosotros si hiciera la más mínima promesa por adelantar el día de mi liberación. No necesito darte las razones morales absolutas que me impiden actuar de otro modo. Pero aunque soy prisionero, no soy menos libre moralmente, y quiero seguir así (...). No te aflijas en demasía por mí y no creas que el destino me resulta duro. Me acuesto sobre un mal jergón, pero durante años he dormido en una cabaña, y a veces en el suelo. Mi alimento fue insuficiente y lo sigue siendo, pero resulta lujoso en comparación con el que he tenido que tomar a menudo. No puedo continuar mis trabajos en París, he comenzado otros. No soy libre de movimientos, pero sigo siéndolo de mente (...) más para los míos que para mí mismo, quiero seguir sin reproches⁸³.

Mientras tanto, algunas iniciativas en provincias intentan romper el aislamiento del París revolucionario respecto al resto de Francia, netamente más conservadora: “Desde entonces, sin que hubiera un acuerdo previo, los obreros de las grandes ciudades francesas, animados por un mismo pensamiento, se dijeron que no había más que un medio de hacer frente al peligro: la iniciativa espontánea y libre de cada ciudad, de cada comuna libre de las trabas que ponía a su acción el gobierno”⁸⁴. Son Lyon y Marsella, una vez más, junto a centros más pequeños como Saint-Étienne y Narbona, los que se alzarán y proclamarán comunas según el modelo parisino; pero todo son intentos vencidos al poco tiempo, y la revolución de París se encuentra casi aislada. Eso provoca los comentarios pesimistas de Bakunin, según cuyo análisis es el elemento rural el que debe implicarse totalmente junto al obrero en una revolución si se quiere asegurar la victoria: “Mientras no se produzca un movimiento serio en provincias, no veo la salvación de París. Veo que París es fuerte y resuelto, gracias a los dioses”⁸⁵.

También desde el punto de vista militar, la Comuna está defendida por la fuerte Guardia Nacional y por varios miles de voluntarios extranjeros, entre ellos el italiano Amilcare Cipriani y los generales polacos Dombrowski y Walebski, que estarán entre los mejores caudillos militares. Pero durante largo tiempo no se puede pensar en el triunfo sobre los ejércitos prusiano y francés coaligados de hecho. Se difunden incluso chistes sobre la caballería

de los federales, animales que se parecen sospechosamente a los caballos de la Compañía de Tranvías. Los intentos de romper el cerco encendiendo focos revolucionarios fuera por parte de los internacionalistas son incesantes. Los jurasianos tienen contactos para provocar una insurrección en el Franco-Condado, fronterizo con Suiza, para intentar al menos una distracción de fuerzas, pero ya no hay tiempo: “La idea de dejar a nuestros hermanos de París luchar solos, sin tratar de acudir en su ayuda, nos era insoportable. No sabíamos qué se podría hacer, pero queríamos hacer algo a toda costa (...) La noticia de la entrada de los versalleses en París, que se produjo en el mismo momento en que Treyvaud y yo íbamos a partir, vino bruscamente a desvanecer nuestras esperanzas”⁸⁶.

De manera que, cuando el 21 de mayo los primeros destacamentos versalleses, que hasta ese momento no habían podido vencer la defensa de las fortificaciones del lado sur, llegan a abrir brecha en el muro de la puerta Saint-Cloud, la Guardia Nacional no tiene posibilidades de organizar una contraofensiva según las tácticas militares normales, y entre los *communards* la consigna es volverse cada uno a su barrio para organizar la defensa casa por casa. No se podía hacer otra cosa.

Comienza así la que ha pasado tristemente a la Historia como *semana sangrienta* del 21 al 28 de mayo, cuando el pueblo de París se defendió literalmente casa por casa, pero el número de bajas nadie ha podido establecerlo con precisión. Los testimonios de los supervivientes son unánimes al describir la ferocidad de la soldadesca versallesa lanzada a la masacre indiscriminada de hombres, mujeres, ancianos y niños. Abandonemos rápidamente el terreno de cierta historiografía que habla de excesos por ambas partes: la desproporción en el uso de la violencia es absolutamente evidente para quien no sea ciego o no tenga mala fe. Si los *communards* en esos días fusilan por represalia a algún rehén, entre otros al arzobispo de París (cuya liberación a cambio de Blanqui se había ofrecido a Thiers, que la había rechazado), se trató de pocas decenas de personas, cuya ejecución fue iniciativa de los diferentes batallones, sin que hubiera ninguna dirección central. El uso del terror por parte del ejército de Thiers fue en cambio sistemático, y si se valorara con criterios actuales se condenaría sin duda como “crimen contra la humanidad”. Los soldados mandados por el mariscal Mac-Mahon, protagonista de dos vergonzosas derrotas contra los prusianos, pero considerado evidentemente capaz de combatir contra los

obreros tras haber conquistado una barricada, proceden al fusilamiento sistemático de todos sus defensores, y al registro de las casas sospechosas. Todo aquel que por una simple acusación, o una delación de los *brassardiers* (parisinos que, pertrechados de un brazalete tricolor, se dedicaban a delatar y a guiar tropas por las calles), acaba ante un tribunal militar improvisado, que a veces asesina a los prisioneros a cañonazos. En muchos puntos de París se ha visto fusilar incluso a niños por haber ayudado a sus padres a levantar barricadas, con la excusa de que también ellos se convertirían en insurgentes.

No se respeta a las mujeres, no solo porque muchas de ellas combatieron (varios testigos han visto barricadas defendidas por mujeres) sino porque se ha difundido la leyenda de las *petroleuses*, que habrían sido las encargadas por la Comuna de prender fuego a toda la ciudad para no entregarla al Ejército. Sobre la cuestión de los incendios, muy utilizada en la propaganda contra la Comuna, no hay mucho que decir, salvo que en una ciudad construida en buena parte de madera, en la que durante ocho días se suceden los ataques de la artillería; sería raro que no se declarasen incendios. Por lo demás, si algunos edificios valiosos, como el Ayuntamiento, son incendiados por los *communards* en fuga con el fin de obstaculizar, como en cualquier guerra, el avance del enemigo, no son precisamente ajenos los obuses de los versalleses en el incendio de barrios populares como Belleville.

Una particular ferocidad se desata contra los desertores y miembros de la Comuna o considerados como tales, ya que son asesinados por la calle solo por parecerse a un miembro del Consejo. Malon y Lissargaray han leído su muerte en los periódicos mientras estaban escondidos o habían marchado al exilio; los mismos gacetilleros dan noticias en esos días de la ejecución ¡de dos o tres Gustave Lefrançais! Como ha escrito Malon: “Educados durante algunos años incendiando y masacrando a las tribus argelinas, los soldados han recibido una buena instrucción para la sangrienta represión en las calles de nuestras ciudades”⁸⁷.

El Ejército avanza a diario desde el Sudoeste, desplegándose desde los primeros días por los barrios en torno a los Campos Elíseos, cuyos bulevares, trazados por Haussman, facilitan la acción de la artillería. En pocas jornadas caen las posiciones menos defendibles: en el Luxemburgo y en el Panteón las mandadas por Lisbonne, en Batignolles las mandadas por Malon. Las baterías de Montmartre, indefensas, son tomadas casi sin combatir. La resistencia se

concentra en las alturas de Ménilmontant, de Belleville y de la Butte aux Cailles, último bastión de la orilla izquierda, y en la zona comprendida entre el Marais y el distrito XII, donde las calles estrechas favorecen todavía las barricadas. Ahí caen Dombrowski y Varlin. La batalla final que tiene lugar en el cementerio Père Lachaise ve a los soldados avanzar conquistando metro a metro el cementerio monumental, hasta el muro todavía hoy venerado como lugar destacado de la revolución⁸⁸, el muro de los federados, donde son fusilados los últimos defensores del distrito XX. El 28 es sofocado el último foco de resistencia en el Faubourg du Temple, donde se cuenta que durante un cuarto de hora un solo fusil disparaba desde la última barricada: parece que ha conseguido huir el desconocido miliciano que antes de agotar su munición ha tenido pendiente de él a todo el ejército francés⁸⁹.

En cuanto al hipotético balance de bajas, se dice que si los versalleses entre el 18 de marzo y el 28 de mayo han tenido más de un millar de muertos, los federados han perdido 12.000 combatientes en la defensa de las fortificaciones hasta el 21 de mayo, según Lissagaray, mientras que durante la *semana sangrienta* han sido al menos 20.000 según Jacques Rougerie las personas masacradas por los batallones de Mac-Mahon, la mayor parte no en los combates sino en ejecuciones sumarias. Serán al menos 3.000 los prisioneros muertos por malos tratos en Versalles o en las gabarras de Brest.

Un balance bastante abultado si tenemos en cuenta que en el proceso “regular” celebrado en los meses sucesivos por los consejos de guerra, las condenas a muerte ejecutadas fueron “solo” 26 (sobre 270 pronunciadas) de un total de 38.578 detenciones que han comportado 13.440 condenas, 322 al destierro y 7.496 a la prisión. Ya que los datos de este proceso son los únicos números ciertos de que disponemos, la principal conclusión que se puede sacar es que los condenados por haber combatido en la Comuna no eran la tan vituperada *canalla* lumpenproletaria, sino literalmente la clase obrera. Obreros cualificados en muchos casos, cuya ausencia se hará notar en los años sucesivos en la lenta recuperación de la ciudad de París, en la que el estado de sitio y el toque de queda no son derogados hasta 1878, año anterior al de la amnistía que consentirá el retorno de los exiliados que consiguieron huir al extranjero, en particular a Suiza y Gran Bretaña.

Balance

La Comuna representa un hito para el movimiento obrero en general y sobre todo para el anarquista en particular, ya que clarifica definitivamente una serie de cuestiones. Entre otras cosas se sanciona la ruptura definitiva entre la Internacional y Mazzini, que se pone en contra de gran parte de la juventud revolucionaria a causa de sus demoleadoras afirmaciones contra la Comuna, que se hacen eco de los lugares comunes de los conservadores, como el presunto “ensañamiento” de los *communards* contra los monumentos históricos de París. El único “monumento” destruido en realidad es la columna de la plaza Vendôme, derribada en nombre de la paz de los pueblos porque era símbolo del Imperio. A Mazzini le replica Bakunin en la conocida *Respuesta de un internacional a Giuseppe Mazzini*, reivindicando entre otras cosas el ateísmo que Mazzini había lanzado como acusación, y preciándose de estar del lado de los ateos y no de los que, en nombre de Dios o del Estado, cometen masacres como la de la *semana sangrienta*.

Este periodo marca el paso de toda una generación, de la que forman parte los hermanos Reclus, del republicanismo socialista al anarquismo, que por otro lado está a su vez en fase de constitución desde el punto de vista político y organizativo. Como certifica incluso Jacques Guillaume, las “pequeñas diferencias de táctica” con Bakunin se han limado⁹⁰.

Muchas cuestiones de táctica y de estrategia se clarifican en confrontación con los marxistas. El hecho de que la Comuna no organizara una ofensiva en los primeros días y que no tomara el Banco de Francia ha sido presentado a menudo como una crítica marxista a los “proudhonianos”. Esto no es correcto, ya que este tipo de críticas se pueden encontrar también en los escritos de Bakunin y de Élisée Reclus, como certifica incluso un marxista como Rougerie⁹¹: evidentemente, el problema no son las críticas a posteriori. La diferencia está en la valoración de la idea de federalismo comunalista y por ello antiestatal asumida por los anarquistas, que los marxistas, ya encaminados hacia la conquista del Estado a través de la lucha política, parecen no llegar a comprender, limitándose a sostener que la clase obrera ha perdido por no haber tomado un partido (obviamente el suyo) que la dirigiese. Aquí se enmarca la afirmación de Engels que, en el prólogo a *La guerra civil en Francia*, pretende calificar una experiencia libertaria como la

Comuna como ejemplo de “dictadura del proletariado”. Sobre si esta expresión fue o no pronunciada por Marx existe bastante división en los ambientes marxistas, como siempre ha admitido Rougerie⁹², sobre la coherencia con el pensamiento del maestro de la aplicación de este concepto a la experiencia parisina, que había fracasado precisamente por no convertirse en “dictadura” propiamente dicha.

También estas vicisitudes contribuyen a la clarificación que en 1872 lleva a la Internacional federalista y antiautoritaria a la separación del Consejo General. Sostiene Guillaume que “mientras que cada uno de los miembros de las secciones de las montañas [Jura suizo] solo vivía para la vida de los heroicos parisinos, mientras que los hombres de acción en la Internacional concentraban toda su actividad y las fuerzas de su inteligencia en un solo objetivo, acudir en ayuda de la Comuna de París, Marx y sus criaturas sólo pensaban en servirse de las peripecias de ese drama gigantesco para la realización de sus cálculos, y disponían de antemano, con una dirección infernal, sus telas de araña, contando con atrapar a las Federaciones confiadas y hacer de toda la Internacional la presa de su vanidad y su espíritu de intriga”⁹³.

En lo que respecta al análisis de Bakunin, tras la derrota de Lyon, es muy pesimista: “Veo claramente que el asunto está perdido”⁹⁴. Pero, una vez proclamada la Comuna es clara su naturaleza, y el ruso suscribe la afirmación de Guillaume según la cual “la revolución de París es federalista (...) El federalismo, en el sentido que le da la Comuna de París, y que le dio hace muchos años el gran socialista Proudhon, que fue el primero en exponer científicamente la teoría, la federación, es ante todo la negación de la nación y del Estado”⁹⁵. Otros anarquistas como Kropotkin subrayan la espontaneidad del movimiento de la Comuna; Bakunin valora mucho el trabajo de propaganda y organización desarrollado por las secciones de la Internacional: “Si la Comuna de París se mantiene hoy valientemente, es porque durante todo el asedio los obreros se han organizado con seriedad. No sin razón los periódicos burgueses acusan a la Internacional de haber producido ese magnífico levantamiento de París. Sí, digámoslo con orgullo, son nuestros hermanos los internacionales los que, con su trabajo perseverante, han organizado al pueblo de París y han hecho posible la Comuna de París”⁹⁶.

Del mismo modo es claro el análisis de clase realizado por Bakunin no en términos de partido, sino en términos de composición social, de todo

el acontecimiento y de la responsabilidad de la burguesía: “La burguesía francesa está en entredicho. Si lo hubiera deseado, habría podido salvar a Francia. Pero para eso tendría que haber sacrificado su dinero, su vida, y apoyarse abiertamente en el proletariado (...) los obreros han dicho: antes haremos volar nuestras casas que entregar la ciudad a los prusianos. Los burgueses respondieron: antes abriremos las puertas de nuestras ciudades a los prusianos que permitiros hacer desorden público, y queremos conservar nuestras queridas casas a toda costa, aunque tengamos que besar el culo de los señores prusianos”⁹⁷.

Por ello hace un llamamiento a la unión de los proletarios de París y de provincias como única solución a la crisis: “Vosotros, los obreros, solidariamente unidos con vuestros hermanos los trabajadores del mundo entero, heredáis hoy la gran misión de la emancipación de la humanidad. Tenéis un co-heredero, trabajador como vosotros, aunque bajo otras condiciones: el campesino (...) por la organización del poder no político, sino social, y por tanto antipolítico, de las masas obreras tanto de las ciudades como de los campos”⁹⁸.

Declara, por último, su completa adhesión al movimiento. “Soy partidario de la Comuna de París, que, por haber sido masacrada, ahogada en sangre por los verdugos de la reacción monárquica y clerical, solo ha sido viva y poderosa en la imaginación y el corazón del proletariado de Europa (...) La Comuna de París ha durado demasiado poco tiempo, y se ha visto demasiado obstaculizada en su desarrollo interior por la lucha mortal que ha tenido que sostener contra la reacción de Versalles, para poder elaborar teóricamente, y menos aún aplicar, su programa socialista (...) Haría observar a algunos teóricos severos de la emancipación del proletariado que son injustos con nuestros hermanos de París: porque, entre las teorías más justas y su puesta en práctica, hay una distancia inmensa que no se franquea en unos pocos días”⁹⁹. La última diferencia respecto a los severos teóricos es que los anarquistas por lo menos estaban, y lo han puesto en práctica.

Bakunin expone en esos meses los mismos conceptos en las conferencias que pronuncia ante los obreros relojeros en el bastión anarquista del valle de Saint-Imier, reuniones que finalizan al grito de “¡Viva la revolución social! ¡Viva la Comuna de París!”¹⁰⁰

Conclusión

La Comuna marca el paso definitivo de los hermanos Reclus al anarquismo, movimiento del que, tras la Comuna de París, serán dos de los exponentes más representativos internacionalmente. Élie, trasladado con la familia a Zúrich, antes del regreso a Francia en 1880 tras la amnistía de marzo de 1879, se seguirá dedicando a la militancia y a la propaganda, pero aplicará sus ideas sobre todo al estudio de la etnología y la mitología. También Élisée, exiliado primero en el Ticino y después en el Vaud, concentrará el máximo de sus esfuerzos en la redacción de su *Geografía*, pero seguirá siendo uno de los animadores de la Federación del Jura, la primera organización comunista anárquica. Según Marianne Enckell, es precisamente entre los exiliados políticos que frecuentan la Suiza occidental entre 1872 y 1877 donde se crea el primer movimiento anarquista organizado, y solo desde este momento se puede hablar de anarquismo y de militancia anarquista: “En poco más de cinco años, de septiembre de 1872 al verano de 1877, el movimiento anarquista ha tomado su identidad y vida propia. Calificar de anarquistas los movimientos o a los militantes anteriores a esta fecha es por tanto un anacronismo”¹⁰¹. En este ambiente están inmersos ambos hermanos Reclus, que se pueden considerar con toda justicia entre los fundadores del movimiento. El patrimonio de experiencias acumuladas por Élisée y Élie en la cooperación, en la experiencia española y en la Comuna, identificadas con la primera generación de militantes que, en este sentido, podemos definir como anarquistas, es fundamental en los años setenta para definir un conjunto de características tácticas y estratégicas del anarquismo comunista de larga duración en los continuadores de este movimiento. Es en estos años cuando se elabora una estrategia antiestatal que, superando la raíz republicana original, prevé una revolución desde abajo que no se apropie de las estructuras representativas sino que las abola; tras el fracaso de las experiencias cooperativas los anarquistas elaboran el concepto de acción directa aplicado a la lucha de clases; tras la derrota de la Primera República española y de la Comuna de París desconfiarán siempre de las clases militar y política a la hora de afrontar el problema de las alianzas. Es también en la Comuna donde empieza la elaboración, completada definitivamente en el siglo siguiente

por Errico Malatesta, del problema de la violencia y de su rechazo como principio.

Notas:

- 1.- Instituto Francés de Historia Social (de ahora en adelante IFHS), 14 AS 232, carpeta IX, *Lettre d'Élie et Élisée Reclus à A. Nefftzer*, 6 enero 1858.
- 2.- Biblioteca Nacional de Francia, Departamento de Manuscritos Occidentales, Nuevas Adquisiciones Francesas (de ahora en adelante BNF, NAF), 22909, f.1-10.
- 3.- Mijaíl Bakunin, *Opere Complete* I, Anarchismo, Catania 1989, p.259.
- 4.- Max Nettlau, *Eliseo Reclus: vida de un sabio justo y rebelde* I, Ediciones de la Revista Blanca, Barcelona 1928, p.207-208.
- 5.- *Ibidem*, p.208.
- 6.- James Guillaume, *L'Internationale: documents et souvenirs* II, Société Nouvelle, París 1907, p.132.
- 7.- R. Serrano García y G. de la Fuente Monge, *La revolución gloriosa: un ensayo de regeneración nacional, 1868-1874*, Biblioteca Nueva, Madrid 2005.
- 8.- M. Nettlau, *La première Internationale en Espagne (1868-1888)*, D. Redider, Dordrecht 1969, p.33.
- 9.- Élisée Reclus, *Correspondance* I, Schleicher, París 1911, p.294.
- 10.- M. Nettlau, *Bakunin e l'Internazionale in Italia dal 1864 al 1872*, Risveglio, Ginebra 1928, p.148.
- 11.- *Ibidem*, p.149.
- 12.- A. Lucarelli, *Giuseppe Fanelli nella storia del Risorgimento e del Socialismo italiano*, Vecchi & C., Trani 1953, p.107.
- 13.- Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante*, Zero, Bilbao 1974, p.39-43.
- 14.- Élisée Reclus, *Correspondance* I, op. cit., p.308.
- 15.- C. Bellanger, J. Godechot, P. Guiral y F. Terrou, *Histoire générale de la presse française II: de 1815 à 1871*, PUF, París 1969, p.353.
- 16.- Elie Reclus, *Impresiones de un viaje por España en tiempos de Revolución, del 26 de octubre de 1868 al 10 de marzo de 1869 en el advenimiento de la República*, Pepitas de Calabaza, Logroño 2007.
- 17.- Élie Reclus, “Un roi, s’il vous plait, Barcelona, 1 Novembre 1868”: *Revue politique et littéraire*, 7 noviembre 1868, p.124.
- 18.- *Ibidem*, p.125.

- 19.- Ibídem, p.125.
- 20.- Ibídem, p.126.
- 21.- Élie Reclus, “Les Partis en Espagne”: *Revue politique et littéraire*, 14 noviembre 1868, p.162-164.
- 22.- Élie Reclus, “Comment on réveille un peuple, Valence, 22 Novembre 1868”: *Revue politique et littéraire*, 28 noviembre 1868, p.208.
- 23.- Élie Reclus, “Le premier sang (correspondance d’Espagne), Álora, 6 Décembre 1868”: *Revue politique et littéraire*, 12 diciembre 1868, p.246.
- 24.- Ibídem, p.248.
- 25.- Élie Reclus, “Échec à la Monarchie (correspondance d’Espagne), Madrid, 26 Décembre”: *Revue politique et littéraire*, 2 enero 1869, p.12.
- 26.- Ibídem, p.8.
- 27.- Élie Reclus, “Sus aux républicains! (correspondance d’Espagne)”: *Revue politique et littéraire*, 9 enero 1869, p.35.
- 28.- Gosudarstvenni Archiv Rossiskoi Federatsii (GARF), fondy P-6753, o.1, k.38, f.34.
- 29.- Ibídem, f.35.
- 30.- Élie Reclus, *Impresiones de un viaje...*, op. cit., p.171.
- 31.- A. Lucarelli, op. cit., p.110.
- 32.- M. Bakunin, op. cit. VII, p.301.
- 33.- J. Guillaume, op. cit., p.309.
- 34.- M. Bakunin, op. cit. VII, p.36.
- 35.- Ibídem, p.83
- 36.- J. Guillaume, op. cit., p.83.
- 37.- Karl Marx, *La guerre civile en France*, Chicoutimi, Quebec 2002, p.22-23.
- 38.- Ibídem, p.30.
- 39.- J. Bruhat, J. Dautry y E. Tersen (ed.), *La commune de 1871*, Éditions Sociales, París 1970, p.73.
- 40.- M. G. Meriggi, *La Comune di Parigi e il movimento rivoluzionario e socialista in Italia (1871-1885)*, La Pietra, Milán 1980, p.18.
- 41.- Piotr Kropotkin, *The Commune of Paris*, J. Turner, Londres 1895, p.6.
- 42.- J. Guillaume, op. cit., p.94.
- 43.- Ibídem, p.109.

- 44.- B. Malon, *La Comune di Parigi*, Samonà e Savelli, Roma 1971, p.54.
- 45.- Ibídem, p.78.
- 46.- Ibídem, p.75.
- 47.- Élisée Reclus, *Correspondance II*, Schleicher, París 1911, p.3.
- 48.- A. Fierro, *La Société de Géographie, 1821-1946*, Droz, Ginebra 1983, p.149.
- 49.- G. Dunbar, *Élisée Reclus historian of nature*, Archon, Hamden 1978, p.56.
- 50.- “Notre programme”: *La République des Travailleurs* 1, 10 enero 1871, p.1.
- 51.- Jules Vallès, *Le Cri du Peuple: février 1849 à mars 1871*, Les Éditeurs Français Réunis, París 1953.
- 52.- “Appel au peuple de París”: *Le Cri du Peuple*, 26 marzo 1871, p.2. Paul Reclus (1847-1914), médico, es aquí uno de los hermanos menores de Élie y Élisée, y no debe confundirse con el otro Paul Reclus (1858-1941) citado, hijo de Élie, ingeniero y geógrafo, autor de importantes memorias biográficas sobre su tío y su padre.
- 53.- J. Rougerie, *Paris libre 1871*, Seuil, París 2004, p.47.
- 54.- B. Malon, op. cit., p.131.
- 55.- Louise Michel, *La Comune*, Editori Riuniti, Roma 1969.
- 56.- Élie Reclus, *La Commune de Paris au jour le jour. 19 Mars – 28 mai*, Schleicher, París 1908, p.243.
- 57.- H. Dubief, “L’administration de la Bibliothèque Nationale pendant la Commune”: *Le Mouvement Social* 37 (1961), p.34.
- 58.- Ibídem, p.35.
- 59.- Ibídem.
- 60.- Ibídem, p.38.
- 61.- Élie Reclus, *La Commune...*, op. cit., p.39.
- 62.- C. A. Dauban, *Le fond de la société sous la Commune*, E. Cornély, París 1873, p.168.
- 63.- H. Dubief, op. cit., p.41.
- 64.- P. O. Lissagaray, *Les huit journées de mai derrière les barricades*, Bureau du Petit Journal, Bruselas 1871.
- 65.- M. Nettlau, *Eliseo Reclus...*, op. cit., p.280.
- 66.- Archives Nationales, Dossier BB 24/859b.
- 67.- Élie Reclus, *La Commune...*, op. cit., p.1.
- 68.- Ibídem, p.14.

- 69.- Ibídem, p.89.
70.- Ibídem, p.54.
71.- Ibídem, p.55.
72.- Gianpietro Berti, *Errico Malatesta e il movimento anarchico italiano e internazionale, 1872-1932*, Franco Angeli, Milán, p.187-199.
73.- Élie Reclus, *La Commune...*, op. cit, p.75.
74.- Ibídem, p.130.
75.- Ibídem, p.133.
76.- Ibídem, p.105-106.
77.- B. Malon, op. cit., p.243.
78.- Ibídem, p.159.
79.- G. Dunbar, op. cit., p.58-68.
80.- Élie Reclus, *La Commune...*, op. cit., p.74.
81.- BNF, NAF, 25016 f. 88. *Lettre d'E. Reclus à E. Charton*, 18 abril 1871.
82.- B. Malon, op. cit., p.181.
83.- BNF, NAF, 25016 f. 113. *Lettre d'É. Reclus à P. Reclus*, 24 abril 1871
84.- J. Guillaume, op. cit., p.135.
85.- Ibídem, p.142.
86.- Ibídem, p.152.
87.- B. Malon, op. cit., p.415.
88.- M. Reberieux, "Le mur des Fédérés", en P. Nora (ed.), *Lieux de Mémoire*, Gallimard, París 1997, p.535-558.
89.- J. Bruhat, J. Dautry y E. Tersen, op. cit., p.262-281.
90.- J. Guillaume, op. cit., p.279.
91.- J. Rougerie, op. cit., p.270.
92.- Ibídem, p.264.
93.- J. Guillaume, op. cit., p.279.
94.- Ibídem, p.141.
95.- Ibídem, p.142.
96.- Ibídem, p.151.
97.- Ibídem, p.150.

- 98.- Ibídem, p.151-161.
99.- Ibídem, p.161-163.
100.- M. Bakunin, op. cit. VII, p.281.
101.- M. Enckell, "Élisée Reclus, inventeur de l'anarchisme", en R. Creagh (ed.), *Élisée Reclus – Paul Vidal de la Blache: Le Géographe, la cité et le monde, hier et aujourd'hui. Autour de 1905*, L'Harmattan, París 2009, p.44.

